CARIDAD EN LAS RELACIONES HUMANAS

Las relaciones humanas no siempre son fáciles, las disputas y lo que ellas conllevan no son siempre intencionadas, muchas de ellas surgen sin darnos cuenta, cuando menos lo esperamos y esto es porque no todos pensamos igual, olvidándosenos la mayoría de las veces el “respeta y te respetaran”.

La caridad es amor recibido y ofrecido. Es gracia. Su orígenes el amor que brota del Padre.

Las relaciones humanas con amor según el reino de Dios, incluyen unas manifestaciones personales que son compartidas desde la ética y están presentes en otras religiones, como el servir, ayudar al necesitado, la confianza, la amabilidad, la comunicación sincera, etc.

La caridad debe estar en el corazón mismo de las relaciones humanas. Pero para que no se quede en mero sentimentalismo, la caridad debe estar anclada en la verdad y no, “en las arenas movedizas del escepticismo”, que niega la existencia de la verdad sobre Dios, el hombre, el mundo.

Las personas constantemente son atraídas y luego decepcionadas. No encuentran lo que realmente están buscando en las otras, porque no están buscando las cosas correctas. No han construido la paciencia, la claridad y el discernimiento en su interior para saber realmente lo que esto significa.

La fuente de toda relación es el Espíritu, la caridad de Dios derramada en los corazones que renueva y se renueva, crece y se dilata en el dinamismo de la creciente fidelidad.

Cuando Jesús dijo que los sanos no necesitan médico, deja claro que, si discordamos de aquellos que no tienen la misma religión, la misma concepción política, la misma preferencia deportiva, la misma posición social, el mismo comportamiento, no será agrediéndolos que iremos a mejorar nuestro relacionamiento.

Sin discriminación es todo más fácil acercarnos a las personas, hasta incluso de aquellos que se envolvieron en un comportamiento irregular, ayudándolas a modificar sus disposiciones.

¿Y cómo debemos obrar en estas circunstancias?

Jesús, magistralmente, nos enseña al citar al profeta Oseas (6:6), definiendo lo que Dios espera de nosotros:

- Misericordia quiero, y no sacrificio.

Desde tiempos inmemoriales, los judíos reverenciaban la divinidad con el sacrificio de animales, bueyes, ovejas, machos cabríos, palomas, pajarillos…

Ejercitaban también sacrificios personales, envolviendo ayunos, privaciones, autoflagelaciones…

Nada de eso es necesario. Dios espera solamente que nos compadezcamos de las miserias ajenas.

Cultivar la misericordia es empeñarse en comprender, respetar y ayudar al prójimo, sin discriminarlo nunca. En ella está la base de la auténtica religiosidad.

En los templos solo reverenciamos la divinidad. Es ejercitando la misericordia que nos acercamos a Dios.

Tómenos el “sacrificio” por “dolor” y notaremos que las propias sanciones de la ley de causa y efecto, que nos cobra el mal practicado, pueden ser amenizadas por la misericordia.

Los tropiezos que sufrimos en la vida son evitables, aunque nos parezcan insoportables, dos no riñen si uno no quiere.

Todo bien practicado en beneficio del semejante es crédito en nuestro favor, en la contabilidad divina, reduciendo nuestros débitos.

El hombre compra un televisor. No consigue sintonizar ningún canal. Olvidó la antena.

Algo semejante ocurre en la actividad religiosa.

Las personas buscan el contacto con la Espiritualidad en favor de su felicidad. Muchos frecuentan asiduamente el culto sin recoger los beneficios deseados – cura para sus males, solución para sus problemas, buenas relaciones, esperanza para sus días, paz para sus corazones.

Olvidaron antenas muy especiales:

Las manos moviéndose en favor del semejante, en la sintonía de la misericordia.

Para mantener unas buenas relaciones humanas es necesario que las personas controlen sus emociones negativas como el odio, tristeza y mal humor, además de mantener una apertura mental y estar conscientes de que todos pensamos de forma diferente y no es obligación de nadie el estar de acuerdo con todas las opiniones.

Acepta a los demás como son, no mires sus aspectos negativos, sino que resalta los elementos positivos y si deseas que algo cambie, transfórmate a ti mismo y verás que los demás se ajustan a tus necesidades, puedes influir positivamente con tu ejemplo de vida.

Extraído de mi sentir y de un texto de “Richard Simonetti” del Libro: Levántate

**Mercedes Cruz Reyes**